

Identidades perversas

Nicolás Lynch

El último síntoma de nuestra crisis educativa ha dado lugar a comentarios totalmente fuera de lugar por parte de diversos sectores involucrados: políticos, periodistas, dirigentes gremiales, etc., que es preciso aclarar para que la confusión no continúe. De uno y otro lado sólo parecen quedar las posiciones retrógradas de las élites dominantes a las que nunca les ha interesado la educación y el pensamiento arcaico de aquellos dirigentes sindicales y políticos que no quieren perder los privilegios que les brinda el control burocrático de las organizaciones magisteriales.

Por una parte hay congresistas que han salido a pedir ¿a quién? no sabemos, que se disuelva el Sutep, como si esta fuera una entidad que fuerzas ajenas a la misma pudieran decretar su desaparición. Por otra, analistas, menos informados aún, que identifican a los maestros con el Sutep y a éste último como al depositario de todas las calamidades pensables e impensables. Por último, los dirigentes del CEN del Sutep, influidos o pertenecientes a Patria Roja, que se dicen representantes de todos los maestros. Como resultado se desatan campañas que, por ejemplo, cuestionan que los dirigentes sindicales de los maestros tengan licencia sindical, como si no fuera un derecho de todo sindicato que sus dirigentes gocen de la licencia respectiva.

Para empezar, el Sutep, como gremio de los maestros, depende de sus afiliados y no de lo que digan fuerzas externas de cualquier tipo, sea el gobierno, algunos congresistas y/o partido político alguno. Deben ser los maestros quienes democráticamente decidan su rumbo en tal o cual sentido. Es del peor gusto, por ello, pedir su desaparición o cualquier otra medida similar desde fuera de la corporación magisterial.

Ahora bien, esto no quita señalar la honda crisis de representación, más allá de las posiciones encontradas en su seno, que atraviesa también al gremio de maestros. La poca información cuantitativa que se tiene al respecto presenta cifras contundentes. Dos encuestas tomadas en el seno del magisterio señalan, la primera a fines de la década de 1990, un 28% de identificación con la dirigencia magisterial, y la segunda en el año 2002, un 13.8% de reconocimiento a la misma. De igual manera, salvo mejor información, el gremio no cuenta a la fecha con un padrón de afiliados, el último data de 1984 y se encontraría, como es lógico, totalmente desfasado. La abrumadora mayoría de los maestros estaría lejos entonces de identificarse con ninguna dirigencia sindical y menos todavía con las posiciones de algún partido marxista-leninista. No tiene sentido, por lo tanto, demonizar al magisterio como corporación profesional, ni tampoco a su sindicato por más que en su seno existan problemas. Ello sólo conduce a una polarización estéril de fuerzas de la que salen ganando las posiciones retrógradas y el pensamiento arcaico que han manejado y quieren seguir manejando el debate sobre la educación en el Perú.

Hoy nos encontramos frente a una nueva oportunidad. La de partir las aguas de manera distinta en el debate educativo para que de un lado queden retrógrados y arcaicos en la defensa del actual orden establecido y de otra los que planteamos una transformación educativa profunda que tenga como norte la mejora drástica de la calidad y se base en la participación de todos los actores involucrados: maestros, padres y estudiantes; en el seno de una sociedad que asume como suya la tarea educativa. Los maestros, en esta última perspectiva, se merecen

definitivamente una suerte distinta. Deben pasar a ser del gremio maltratado y pobre en el que han devenido a un sector profesional apreciado y bien remunerado, fuera de la tutela de gobernantes retrógrados y dirigentes arcaicos que han usufructuado de su inanidad durante décadas.